

LA HORA DE TODOS,  
Y LA FORTUNA CON SESO<sup>(a)</sup>.

A DON ALVARO DE MONSALVE,

canónigo de la santa iglesia de Toledo, primada de las Españas.

ESTE libro tiene parentesco con vuesa merced, por tener su origen de una palabra que le oi. A vuesa merced debe el nacimiento; á mí el crecer. Su comunicacion es estudio para el bien atento, pues con pocas letras que pronuncia, ocasiona discursos. Tal es la genealogía deste. Dóyle lo que es suyo en la sustancia, y lo que es mío en la estatura y bulto. Su título es: *La Hora de todos, y la Fortuna con seso*. Todos me deberán una hora por lo ménos, y la Fortuna sacarla de los orates;

(a) Obra póstuma. Escrita en 1633; concluida en el año siguiente (1)

Se ha impreso siempre con el título de: *La Fortuna con seso, y la hora de todos*. — *Fantasia moral*. Los negocios públicos y de gobierno iban con los años de tal punto encadenando la atención del señor de la Torre de Juan Abad, que se ve progresivamente dilatarse y crecer en todos sus rasgos posteriores á 1624 el elemento político, amenguándose en la misma proporción el envidiable raudal de sus agudezas satírico-morales.

El presente libro, dedicado al canónigo de la primada de las Españas don Alvaro de Monsalve, amigo y favorecedor de Quevedo en las persecuciones que le suscitó en 1628 la defensa del único patronato de Santiago, comienza á desarrazojar la ojeriza que tomó entónces al conde-duque de Olivares, y que le empenó al fin en una lucha á brazo partido. Con el mismo don Alvaro se había estremado ya consagrándole, en el verano de 1633, el discurso de la *Pobreza*, uno de los ocho que componen el libro de la *Virtud militante*.

Es una colección de valientes cuadros políticos y de costumbres de la cuarta década del siglo xvii, á la manera de aquellos que, para presentar á un golpe de vista el estado del arte en su tiempo, trazaba David Teniers con seductor colorido, copiando en el lienzo ó en el cobre la magnífica galería de pinturas del archiduque Alberto.

Las alusiones punzantes contra ministros y próceres, que esmaltan á cada paso el discurso, retrajeron al autor de darlo á la estampa, y se contentó con que corriese manuscrito, escociendo á los zaheridos en él y preparando su des crédito.

Empeñado ya en una guerra abierta contra el vanidoso Atlante de la monarquía y los hombres á él unidos para traficar odiosa y abusivamente con la suerte y la libertad de los ciudadanos, y monopolizar, fiando en la imbecilidad del príncipe, los destinos de un gran pueblo, escribió por los años de 1639 *La Isla de los monopantos*, esto es, de aquellos hombres que, pocos en número, habíanse erigido en dueños y árbitros de todo. Este desenfadado satírico desapareció cuando, preso don FRANCISCO en diciembre de aquel año, fueron entrados á saco, por curiosidad ó por malicia, todos sus papeles, y tiene el núm. 8 en una memoria que formó nuestro caballero de los que le habían ocultado en el tiempo de sus prisiones. Alcanzada la libertad en 1643, caído el privado, triunfante el escritor público, y consagrado á reunir, completar y retocar sus obras para sacar á luz una colección completa de todas ellas (ii), creyó que tenía su verdadero sitio *La Isla de los monopantos* en *La hora de todos y la Fortuna con seso*, incluyéndola en el capítulo 39 de este libro, que acabó de atildar y pulir hácia el año de 1644, é hizo copiar á su amanuense el inmediato de 1643 (iii).

Cómo vino á parar copia tan importante á la biblioteca de los duques de Frias, no he podido averiguarlo, á no ser

(i) La fecha que resulta del capítulo xiv, y que al editor de la colección de Bruselas, 1660, hizo creer había sido escrito el libro en 1643, no debe alucinarnos. Es precisamente la del año en que se ponía en limpio el discurso correcto y atildado.

(ii) Debía esta colección, que preparó don FRANCISCO, titularse *Obras varias*, y en junio de 1644 fue censurada por don Diego de Córdoba y el doctor don Antonio Calderón, arzobispo electo de Granada, habiendo para la impresión concedido el Ordinario la oportuna licencia: consta así de la *Primera parte de las obras en prosa*, que sacó á luz en 1638 el mercader de libros Mateo de la Bastida, bajo la protección del duque de Medinaceli y Alcalá.

(iii) Anda en manos de los curiosos un opusculillo no publicado hasta ahora, con el nombre: *Los Monopantos. Sueño político que dejó manuscrito don Francisco de Quevedo y Villegas. Refiere en él lo que subcedía en el gobierno del conde-duque de Olivares, sus máximas, etc.* etc.

Anda también el mismo opusculo redactado con más elegancia, aumentado con nuevos pensamientos, y dispuesto en más agradable forma. Pero el refundidor le mondó, cernó y recortó el título, dejándolo en solo: *Monopantos*.

Ni de uno ni de otro ejemplar hay copia antigua.—El primero fué invención de don Diego de Torres Villarroel (que hasta en el apellido remedaba á Quevedo), quien lo hilvanó á mediados del siglo xviii, en cuya época se buscaba con ahínco y se pagaba á peso de oro el menor rasgo de la pluma de este ingenio. Solamente la irreflexión y la ignorancia pudo aceptar por legítimo lo que á todas luces condesaba el fraude. Torres zureció su cartapel con el capítulo xxxix de *La hora de todos*, con poner en desaliñada prosa los hermosos tercetos que nuestro caballero de Santiago, deseoso de la reformation de los trajes ejercicios de la nobleza española, consagró en 1624 al Conde-Duque, y utilizando algunas noticias de la vida que del valido escribió el conde de la Roca. Torres Villarroel, sin embargo, condesó en 1733 y en la aventura de *El ermitaño y Torres* que eran suyos más de dos tomos que por España corrían con el falso título de obras póstumas (inéditas) de Quevedo.—Confecionó en 1820 el otro acicalado ejemplar uno de nuestros publicistas para autorizar la parte literaria de un periódico. Mi amigo el señor don Augusto de Burgos, que hoy le posee, me ha proporcionado examinar este curioso trabajo.

que lo más ha vivido entre locos. El tratadillo, burla burlando, es de véras. Tiene cosas de las cosquillas, pues hace reír con enfado y desesperación. Extravagante reloj, que dando una hora sola, no hay cosa que no señale con la mano. Bien sé que le han de leer unos para otros, y nadie para sí. Hagan lo que mandaren, y reciban unos y otros mi buena voluntad. Si no agradare lo que digo, bien se le puede perdonar a un hombre ser necio una hora, cuando hay tantos que no lo dejan de ser una hora en toda su vida. Vuesa merced, señor don Alvaro, sabe empeñarse por los amigos y desempeñarlos. Encárguese desta defensa; que no será la primera que le deberé. Guarde Dios a vuesa merced, como deseo. Hoy 12 de marzo de 1636 (a).

## (1)

obsequio de los de Medinaceli, herederos de todos los papeles del autor de *Los sueños*. Al actual señor Duque, generoso cultivador de las musas españolas, y que en el moderno Parnaso ocupa distinguido puesto, debo la señalada fineza de disfrutar el códice, y la satisfacción de poderle ofrecer por texto a nuestros lectores, tan limpio, tan completo como el nombre de QUEVEDO reclamaba.

El señor Castellanos me dice que en cierta ocasión le mostró don Alberto Lista un al parecer borrador de *La hora de todos*, del cual sacó algunas variantes, que me ha franqueado y pongo en su lugar oportuno.

Por último, entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional, T. 153, pág. 236, hay tres pliegos con este epígrafe: *Fortuna con seso y hora de todos. Adiciones del original á lo impreso, erratas, y índice de los asuntos que contiene. — Es obra de don Francisco de Quevedo ciertamente.* — Ocioso parecerá advertir que los he leído y estudiado.

Resta hablar de alguna de las impresiones de este libro. Hízose la primera en Zaragoza, mediado abril de 1630. Por la holgura y libertad que otorgaba al pensamiento el gobierno de Aragón, logró aquella ciudad el lauro de adelantarse siempre a dar a conocer las obras del gran político, y como otras suyas, costó la impresión el mercader Roberto de Uport, dedicándola a don Vincencio Juan de Lastanosa, ornamento de nuestras antigüedades y buenas letras. Hé aquí el título de este no común ejemplar:

*La Fortuna con seso, y la hora de todos: fantasía moral. Autor Rifroserancot Viveque Vasgel Duacense (i). Traducido de latín en español por don Estéban Pluvianes del Padron, natural de la villa de Cuerva Pílona.*

El fingido traductor ó la censura truncaron pensamientos, y suprimieron párrafos y capítulos. En cambio, no pusieron el menor cuidado en reproducir con exactitud las palabras y los conceptos ingeniosos de QUEVEDO.

Creo que la primera colección en que se incluyó la *Fortuna con seso* fue la de Madrid de 1638.

El colector de Bruselas (1660) logró copias de casi todo lo que había suprimido y alterado el editor de Zaragoza, y lo insertó en su lugar oportuno. Pero como no se cuidó de otra cosa, crecieron prodigiosamente las erratas y absurdos que afean los ejemplares españoles. Nuestras prensas no obstante desdenaron las adiciones que publicó el belga, ya porque las mirasen con prevención, ya porque no fuesen gratas a una caprichosa censura.

(a) Esta importante dedicatoria ha sido hasta hoy completamente desconocida del público y de los estudiosos. No había de ella la menor noticia.

## (1) PROLOGO.

Si eres idólatra ó pagano, que vale tanto, no te escandalices, oh amigo lector, porque llame á tus dioses á consejo á son de cuerno de Baco; que cuernos dieron á Júpiter, por lo que le llamaron *Cornupecta* y *Ammon*, como quien de carnero le topa, y ya ves qué honrados debieron ser los cuernos cuando coronar debieron la cabeza del padre de los dioses; mas si, como presumo, fueses jordanesco de casta y te hubiese caído el rocío del cielo sobre la crisma (que Dios te liberte de maleficios), détese una higa de que te enseñe con dioses falsos ó verdaderos; que como tú te enmiendes de lo que pecar sueles, tanto vale el hisopo como el tridente, si es que no te gustan más los pinchonazos del uno que los asperges del otro; que á tal gusto, con ellos te queda, que á mí me basta con el aspersilo, mas que sea de solana raída y de bonete torcido. No te rías porque se ría el libro; que este lo hace de ti viéndote panarra ó inocente que no le entiendes, ó pícaro que te apartas del consejo; y cuida que aunque despues de cerrado y dado al Leteo, que es el que lleva lo bueno y lo malo al estanque sucio del olvido, se esconde dentro de los pliegues de la conciencia para roerlas á sabor suyo cuando mejor le viene, y tú no puedas evitarlo.

A todos llega la hora siempre temprano, porque es dama muy madrugona y nada perezosa; y así, cuando veas la del vecino, no te creas lejano de la tuya, que te está echando la zarpa y entretejiendo el lazo con que ha de ahogarte. Si te amarga la verdad escrita, échate un pedacito de enmienda al alma y la endulzarás; porque si no, ha de avinagrarse y causarte indigestión de muerte, que es la peor y para la que no alcanzan las drogas de acá abajo, porque los boticarios de lameton no han dado todavía con la pildora de la vida, siendo así que calzan borla de doctores en las de la muerte.

No te fies en que no te ha nevado la edad el cabello; que hay canas que van tras los años, y años que atraen las canas, y que la vida pasa cuando le place al del ojo grande, sin que necesite poner mojones de aviso ni llamar con campanillas; que hay soplos que matan lo que no mata un terremoto.

Si te amoscas porque te sorprenda en tus cálculos, peor para tí, si no los das de mano; que yo cumplo con descubrirlos á tu conciencia, que se alegra de ello tanto como tú lo lloras. Vierte lágrimas, pero sin asemejarte al cocodrilo; recógelas, que tu alma las necesita para la hora, si son de arrepentido; mira que á los rayos de Júpiter nada se esconde, y que el fuego de Vulcano todo lo abrasa; dirígete á Apolo, y te escudará en su carro si fervorizante le pides. Y porque más has de ver de lo que yo te diga y mi libro te enseñe, léelo con la mano en el seno, y ráscate cuando te pique; que para sermón de lego ya es bastante sin licencia del prior. (MS. de Lista.)

(i) Debe decir, según los pliegos manuscritos de la Biblioteca Nacional, T. 153, pág. 240: *Nifroserancot Diveque Vasgello*, anagrama de DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

TABLA DE LOS SUCESOS<sup>(a)</sup>

- |   |  |
|---|--|
| I. Un médico.                                 | XXII. Hombres que piden prestado.                          |
| II. Un azotado.                               | XXIII. La imperial Italia.                                 |
| III. Los chirriones.                          | XXIV. El caballo de Nápoles.                               |
| IV. La casa del ladrón ministro.              | XXV. Los dos ahorcados.                                    |
| V. El usurero y sus alhajas.                  | XXVI. El gran duque de Moscovia, y los tributos.           |
| VI. El hablador plenario.                     | XXVII. Un fullero.   |
| VII. Senadores votan un pleito.               | XXVIII. Los holandeses.                                    |
| VIII. El casamentero.                         | XXIX. El gran duque de Florencia.                          |
| IX. El poeta culto.                           | XXX. El alquimista.  |
| X. La buscona y el guardainfante.             | XXXI. Los tres franceses y el español.                     |
| XI. El criado favorecido y el amo.            | XXXII. La serenísima república de Venecia.                 |
| XII. La casada que se afeita.                 | XXXIII. El dux y senado de Génova.                         |
| XIII. Gran señor que visita su cárcel.        | XXXIV. Los alemanes herejes.                               |
| XIV. Mujeres diferentes que van por la calle. | XXXV. El gran señor de los turcos.                         |
| XV. Potentado despues de comer.               | XXXVI. Los de Chile y los holandeses.                      |
| XVI. Codiciosos y tramposos.                  | XXXVII. Los negros.  |
| XVII. Arbitristas en Dinamarca.               | XXXVIII. El serenísimo rey de Inglaterra.                  |
| XVIII. Las alcahuetas y las chillonas.        | XXXIX. Los judíos se juntan en su Salónica.                |
| XIX. El letrado y los pleiteantes.            | XL. Los pueblos y súbditos de príncipes, y sus repúblicas. |
| XX. Los taberneros.                           |  |
| XXI. Enjambre de pretendientes.               |  |

(a) En el MS. del señor duque de Frias son árabes los números de cada uno de ellos, y están pospuestos al suceso respectivo.

Los asuntos de esta obra se anotan al márgen de la correspondiente plana en la edición de Zaragoza de 1630, en la siguiente forma: « Médicos, alguaciles, escribanos, boticarios, mujeres afeitadas, gangosos, tenidos, adinerado ladrón de hidalguía postiza, mohatrero, hablador, senadores, casamentero, poeta culto, buscona, galán con pantorillas postizas, calvos y tenidos (1), mujer afeitada, dueña, doncellita, visita de cárcel, damas que encubren años, á pié, en coches, en sillas de manos; lisonjeros de señores y potentados, embusteros y tramposos, arbitristas, cobradores y ejecutores, alcahuetas y chillonas, dueñas, letrado, abogado, pasante, procurador, escribano, relator, taberneros, pretendientes, investidores que piden prestado, Italia, Roma, Saboya, España, Francia, Italia, Venecia, Nápoles, duque de Osuna, virey de Nápoles, ruñanes ahorcados, médicos, tributos, fullero y tramposo, Holanda, romanos, gran duque de Florencia, alquimista, miserable, carbonero, franceses, español, Venecia, Italia, privado, alemanes, el Gran Turco, duque de Osuna, España y españoles, artillería, imprenta, holandeses en Chile, negros, Inglaterra, sinagoga y judíos, monopantos, oro y plata, triaca, varias naciones y malcontentos, duque de Saboya, ginovés, contra el gobierno republico, legisladores y mujeres, nota, franceses y italiano, valido, tiranos, de qué se ha de cuidar en una república, consejeros, premios, jueces, pastores.»

En igual forma se encuentran en casi todas las impresiones anteriores á la de Bruselas, 1660, donde los asuntos se sacan al pié con llamadas. En las españolas del siglo pasado se pusieron como epígrafes al principio de cada capítulo.

(1) Criado de señor endemoniado. (MS. de la Bib. nacional, T. 153, pág. 240, v.)

## LA HORA DE TODOS, Y LA FORTUNA CON SESO.

(1) Júpiter, hecho de hieles, se desgañitaba poniendo los gritos en la tierra; porque ponerlos en el cielo, donde asiste, no era encarecimiento á propósito. Mandó que luego á consejo viniesen todos los dioses trompicando. Marte, don Quijote de las deidades, entró con sus armas y capacete, y la insignia de viñadero enristrada, echando chuzos, y á su lado el panarra de los dioses, Baco, con su cabellera de pámpanos, remostada la vista, y en la boca por lagar vendimias de retorno derramadas; la palabra bebida, el paso trastornado, y todo el cerebro en poder de las uvas. Por otra parte asomó con piés descabalados Saturno, el dios marimanta, come-niños, engulléndose sus hijos á bocados. Con él llegó hecho una sopa Neptuno, el dios aguanoso, con su quijada de vieja por cetro (que eso es tres dientes en romance), lleno de cazcarrias, y devanado en ovas, oliendo á viérnes y vigiliás, haciendo lodos con sus vertientes en el cisco de Pluton, que venía en su seguimiento; dios dado á los diablos, con una cara afeitada con hollin y pez, bien zahumado con alrebite y pólvora, vestido de cultos tan oscuros, que no le amanecía todo el buchorno del sol, que venía en su seguimiento con su cara de azófar y sus barbas de oropel; planeta hermejo y andante, devanador de vidas; dios dado á la barbería, muy preciado de guitarra y pasacalles, ocupado en ensartar un día tras otro, y en engazar años y siglos, mancomunado con las cenas (2) para fabricar calaveras. Entró Vénus haciendo rechinar los coluros con el ruedo del guardainfante, empalagando de faldas á las cinco zonas, á medio afeitar la geta, y el moño, que la encorozaba de pelambre la cholla, no bien encasquetado, por la prisa. Venía tras ella la Luna, con su cara en rebanadas, estrella en mala moneda, luz en cuartos, doncella de ronda, y ahorró de lanternas y candelillas. Entró con gran zurrido el dios Pan, resollando con dos

(1) Pintan á las Horas alegres y llenas de luz y hermosura los poetas, sin que hayan visto las tales doncellas, ni en cueros ni vestidas, más que en los delirios de Homero, que debió pasarlas muy buenas en sus deliquios, y esto á fe que no pudo hacerse sin locura: pues que si hay horas buenas y felices, estas son pocas, y las malas muchas. Y puesto que no contaron las malas, bueno será que sepades que son viejas carcomidas del vicio y de la desventura, que arrojan venablos por la boca, punzan con sus garfios y esparcen tinieblas y espanto por el que pasan. Tales son las de los malos que por una hora buena se echan acuestas las doce hermanas del infierno, cuyo sol es Pluton, que las va pasando una á una, y al llegar á la última la desgarrá y martiriza para que, fenix de su propia rabia, renazca cien veces de sí misma para martirio de las almas. Mas como en asamblea se juntan los dioses para juzgarlas, abre Júpiter el caos con sus ardientes rayos y con voz de trueno (que trueno y gordo es él mismo), y todo tiembla como esperando el juicio de la muerte, que es el peor de los juicios para quien no fué tan arreglado como debiera á sus leyes. (MS. de Lista.)

(2) y los pesares (Edic. de Zaragoza de 1650 y todas las posteriores.)

grandes pjaras de númenes, faunos, pelicabros y patibueyes. Hervía todo el cielo de manes y lemures (3) y penatillos y otros diosecillos bahunos. Todos se repantigaron en sillás, y las diosas se rellanaron; y asestando las getas á Júpiter con atención reverente, Marte se levantó sonando á choque de cazos y sartenes, y con ademanes de la carda dijo: «Pésia tu hígado, oh grande Coime, que pisas el alto claro, abre esa boca y garla; que parece que sornas.» Júpiter, que se vió salpicar de jaca-randinas los oídos, y estaba, siendo verano y asándose el mundo, con su rayo en la mano haciéndose chispas, cuando fuera mejor hacerse aire con un abanico, con voz muy corpulenta dijo: «Vusted envaine, y llámeme á Mercurio»; el cual con su (4) varita de jugador de manos y sus zancajos pajaritos, y su sombrerillo hecho en horma de hongo, en un santiamen y en volandas se le puso delante. Júpiter le dijo: «Dios virote (a), dispárate al mundo, y tráeme aquí en un cerrar y abrir de ojos á la Fortuna asida de los arrapiezos.» Luego el chisme del olimpo, calzándose dos cernicalos por acicates, se desapareció, que ni fué oído ni visto, con tal velocidad, que verle partir y volver fué una misma acción de la vista. Volvió hecho mozo de ciego, y lazarrillo adestrando á la Fortuna, que con un bordon en la una mano venía tentando, y de la otra tiraba de la cuerda, que servía de freno á un perri- llo. Traía por chapines una bola, sobre que venía de puntillas, y hecha pepita de una rueda, que la cercaba como á centro, encordelada de hilos y trenzas y cintas y cordeles y sogas, que con sus vueltas se tejían y destejían. Detras venía, como fregona, la Ocasión, gallega de coram vobis, muy gótica de facciones, cabeza de contramoño, cholla bañada de calva de espejuelo, y en la cumbre de la frente un solo mechón, en que apenas había pelo para un bigote. Era este más resbaladizo que anguilla; culebreaba deslizándose (5) al resuello de las palabras. Echábasele de ver en las manos que vivía de fregar y barrer (6) y de fregar los arcaduces, y de vaciar los que la Fortuna llevaba. Todos los dioses mostraron mohina de ver á la Fortuna, y algunos dieron señal de asco, cuando ella con chillido desentonado, hablando á tiento, dijo: «Por tener los ojos acostados y la vista á buenas noches, no atisbo quién sois los que asistís á este acto; empero, seais quien fuéredes, con todos hablo, y primero contigo, oh Jove, que acompañas las toses de

(3) lares y panades y otros diosecillos (Edic. de Zaragoza y todas las posteriores.)

(4) baraja de jugador (MS. del señor duque de Frias.)

(a) Esto es, Dios velocísimo, como el virote, especie de saeta delgada y muy aguda. Viene del latin verutum. Aplicábase tambien esta palabra en aquel tiempo al mozo soltero, desocupado, maleante, y con infulas de lindo.

(5) el resuello (MS. del señor duque de Frias.)

(6) y vaciar los arcaduces que la Fortuna (Edic. de Zaragoza.) —llenaba (Edic. de Bruselas y la de Sancha.)

las nubes con gargajo trisuleco. Dime, ¿qué se te antojó ahora de llamarme, habiendo tantos siglos que de mí no te acuerdas? Puede ser que se te haya olvidado á tí, y á esotro vulgo de diosecillos lo que yo puedo, y que así he jugado contigo y con ellos como con los hombres.» Júpiter, muy prepotente, la respondió: «Borracha, tus locuras, tus disparates y maldades son tales, que persuaden á la gente mortal, que pues no te vamos á la mano, que no hay dioses, que el cielo está vacío, y que soy un dios de mala muerte. Quéjense que das á los delitos lo que se debe á los méritos, y los premios de la virtud al pecado; que encaramas en los tribunales á los que habías de subir á la horca; que das las dignidades á quien habías de quitar las orejas, y que empobreces y abates á quien debieras enriquecer.» La Fortuna, demudada y colérica, dijo: «Yo soy cuerda y sé lo que hago, y en todas mis acciones ando pié con bola. Tú, que me llamas inconsiderada y borracha, acuérdate que hablaste por boca de ganso en Leda, que te derramaste en lluvia de bolsa por Dánae, que bramaste y fuiste *Inde toro pater* por Europa, que has hecho otras cien mil picardías y locuras, y que todos esos y esas que están contigo han sido avechuchos, hurraças y grajos; cosas que no se dirán de mí. Si hay beneméritos arrinconados y virtuosos sin premios, no toda la culpa es mía: á muchos se los ofrezco que los desprecian, y de su templanza fabricáis mi culpa. Otros, por no alargar la mano á tomar lo que les doy, lo dejan pasar á otros, que me lo arrebatan sin dárselo. Más son los que me hacen fuerza que los que yo hago ricos; más son los que me hurtan lo que les niego que los que tienen lo que les doy. Muchos reciben de mí lo que no saben conservar: piérdeno ellos, y dicen que yo se lo quito. Muchos me acusan por mal dado en otros lo que estuviera peor en ellos. No hay dichoso sin invidia de muchos; no hay desdichado sin desprecio de todos. Esta criada me ha servido perpetuamente; yo no he dado paso sin ella: su nombre es la Ocasión; oídla, aprended á juzgar de una fregona.» Y desatando la taravilla la Ocasión, por no perderse á sí misma, dijo: «Yo soy una hembra que me ofrezco á todos: muchos me hallan, pocos me gozan; soy Sansona femenina, que tengo la fuerza en el cabello. Quien sabe asirse á mis crines sabe defenderse de los corcovos de mi ama. Yo la dispongo, yo la reparto, y de lo que los hombres no saben recoger y gozar, me acusan. Tiene repartidas la necesidad por los hombres estas infernales cláusulas: «Quién dijera, no pensaba, no miré en ello, no sabía, bien está, qué importa, qué va ni viene, mañana se hará, tiempo hay, no faltará ocasión, descuidéme, yo me entiendo, no soy bobo, déjese deso, yo me lo pasaré, riase de todo, no lo crea, salir tengo con la mia, no faltará, Dios lo ha de proveer, más días hay que longanizas, donde una puerta se cierra otra se abre, bueno está eso, qué le va á él, paréceme á mí, no es posible, no me diga nada, ya estoy al cabo, ello dirá, ande el mundo, una muerte debo á Dios, bonito soy yo para eso, sí por cierto, diga quien dijere, preso por mil, preso por mil y quinientos, no es posible, todo se me alcanza, mi alma en mi palma, ver veamos, diz que, y pero, y quizás.» Y el tema de los portñados: «Dé dónde diere.» Estas necesidades hacen á los hombres presumidos, perezosos y descuidados. Estas son el hielo en que yo me deslizo: en estas se tras-

Q-1.

torna la rueda de mi ama, y trompica la bola que la sirve de chapin. Pues si los tontos me dejan pasar, ¿qué culpa tengo yo de haber pasado? Si á la rueda de mi ama son tropezones y barrancos, ¿por qué se quejan de sus vaivenes? Si saben que es rueda, y que sube y baja, y que por esta razon baja para subir, y sube para bajar, ¿para qué se devanan en ella? El sol se ha parado; la rueda de la Fortuna nunca. Quien más seguro pensó haberla fijado el clavo, no hizo otra cosa que alentar con nuevo peso el vuelo de su torbellino. Su movimiento digiere las felicidades y miserias, como el del tiempo las vidas del mundo, y el mundo mismo poco á poco. Esto es verdad, Júpiter; responda quien supiere.»

La Fortuna con nuevo aliento, bamboleándose con remedos de veleta y acciones de (1) barrena, dijo: «La Ocasión ha declarado la ocasión injusta de la acusación que se me pone; empero yo quiero de mi parte satisfacer á tí, supremo (2) atronador, y á todos esotros que te acompañan, sorbedores de ambrosía y néctar, no obstante que en vosotros he tenido, tengo y tendré imperio, como le tengo en la canalla más soez del mundo. Y yo espero ver vuestro endiosamiento muerto de hambre por falta de víctimas, y de frio, sin que alcanceis una morcilla por sacrificio, ocupados en solo abultar poemas y poblar coplones, gastados en consonantes y en apodos amorosos, sirviendo de munición á los chistes y á las pullas.»

«Malas nuevas tengas de cuanto deseas, dijo el Sol, que con tan insolentes palabras blasfemas de nuestro poder. Si me fuera licito, pues soy el sol, te friera en caniculares, y te asara en buchornos, y te desatinara á modorras.» «Véte á enjugar lodazales, dijo la Fortuna, á madurar pepinos y á proveer de tercianas á los médicos, y á adestrar las uñas de los que se espulgan á tus rayos; que ya te he visto yo guardar vacas, y cocer tras una mozueta, que siendo sol, te dejó á oscuras. Acuérdate que eres padre de un quemado; cósete la boca, y (3) deja de hablar, y hable quien le toca.»

Entonces Júpiter severo pronunció estas razones: «(4) En muchas de las que tú y esa picarona que te sirve habeis dicho, teneis razon; empero para satisfacción de las gentes está decretado (5) irrevocablemente que en el mundo, en un día y en una propia hora, se hallen de repente todos los hombres con lo que cada uno merece. Esto ha de ser: señala hora y día.»

La Fortuna respondió: «Lo que se ha de hacer, ¿de qué sirve dilatarlo? Hágase hoy: sepamos qué hora es.» El Sol, jefe de relojeros, respondió: «Hoy son 20 de junio (a), y la hora las tres de la tarde y tres cuartos y diez minutos.» «Pues en dando las cuatro, dijo la Fortuna, veréis lo que pasa en la tierra;» y diciendo y haciendo, empezó á untar el eje de su rueda, y encajar manijas, mudar clavos, enredar cuerdas, aflojar unas y estirar otras, cuando el Sol, dando un grito, dijo: «Las cuatro son, ni más ni menos; que ahora acabo de dorar la cuarta sombra posmeridiana de las narices de los relojes de sol.»

(1) barranco dijo (Edic. de Zaragoza y todas las siguientes.)

(2) atronado (El MS.)

(3) déjale hablar á quien le toca (Los impresos todos.)

(4) Fortuna, en muchas cosas de las que tú (Id.)

(5) invariablemente (Id.)

(a) De 1635.

En diciendo estas palabras, la Fortuna, como quien toca sinfonía, empezó á desatar su rueda, que arrebatada en huracanes y vueltas, mezcló en nunca vista confusión todas las cosas del mundo; y dando un grande aullido, dijo: «Ande la rueda, y coz con ella.»

I. En aquel propio instante, yéndose á ojeo de calenturas paso entre paso un médico en su mula, le cogió la hora, y se halló de verdugo, perneando sobre un enfermo, diciendo *credo*, en lugar de *recede*, con aforismo escurridizo.

II. Por la misma calle poco detrás venía un azotado, con la palabra del verdugo delante chillando, y con las mariposas del *sepan cuantos* detrás (a), y el susodicho en un borrico, desnudo de medio arriba, como nadador de rebenque. Cogióle la hora; y derramando un rocín al alguacil que llevaba, y el borrico al azotado, el rocín se puso debajo del azotado, y el borrico debajo del alguacil; y mudando lugares, empezó á recibir los pencazos el que acompañaba al que los recibía, y el que los recibía á acompañar al que le acompañaba. (1)

III. Atravesaban por otra calle unos chirriones de basura, y llegando en frente de una botica, los cogió la hora, y empezó á rebosar la basura y salirse de los chirriones, y entrarse en la botica, de donde saltaban los botes y redomas, zampándose en los chirriones con un ruido y admiración increíble; y como se encontraban al salir y al entrar los botes y la basura, se notó que la basura muy melindrosa decía á los botes: «Háganse allá.» Los basureros andaban con escobas y palas trasalpando en los chirriones mujeres afeitadas, y gangosos y teñidos, sin poder nadie remediarlo. (2)

IV. Había hecho un bellaco una casa de grande ostentación con resabios de palacio, y portada sobreescrita de grandes genealogías de piedra. Su dueño era un ladrón, que por debajo de su oficio había robado el caudal con que la había hecho: estaba dentro, y tenía cédula á la puerta para alquilar tres cuartos. Cogióle la hora. ¡Oh inmenso Dios, quién podrá referir tal portento! Pues piedra por piedra y ladrillo por ladrillo se empezó á deshacer, y las tejas, unas se iban á unos tejados y otras á otros. Veíanse vigas, puertas y ventanas entrar por diferentes casas con espanto de los dueños, que la restitución tuvieron á terremoto y á fin del mundo. Iban las (3) rejas y las celosías buscando sus dueños de calle en calle. Las armas de la portada partieron como rayos á restituirse á la montaña á una casa de

(a) Con chilladores delante  
Y envaramiento detrás,  
que de Escarraman dijo allá nuestro poeta.

(1) El escribano se apeó para remediarlo; y sacando la pluma, le cogió la hora, y se le alargó en remo; y empezó á hogar cuando quería escribir (i). (Ede. de Zaragoza y todas las posteriores.)

(2) Y como se acabase la barrera, llegó Satanás con una espuela de putas feas y lagñosas, diciendo: «Aguarden los rutianes, que allá va ese emplasto de ungüentos á volverse á sus botes; y pónganles á recaudo, no se reviertan, que es género que se liquida fácilmente.» (MS. de Lista.)

(3) tejas y las celosías (MS. de Frias).

(i) Asíéndole por las narices un diablo de uñas largas, le cargó á la espalda, y corriendo decía: «Abrase el averno y toquen chirrías, que hoy es día de gracia; dénneme placemes, que traigo un tesoro de mentiras y un apóstata de la fe: alegría, y lluevan plumas, que hay pez gordo en el banquete.» (MS. de Lista.)

solar, á quien este maldito había achacado su pícaro nacimiento. Quedó desnudo de paredes y en cueros de edificio, y solo en una esquina quedó la cédula de alquiler que tenía puesta, tan mudada por la fuerza de la hora, que donde decía: «Quien quisiere alquilar esta casa vacía, entre; que dentro vive su dueño;» se leía: «Quien quisiere alquilar este ladrón, que está vacío de su casa, entre sin llamar, pues la casa no lo estorba.»

V. Vivía enfrente deste un mohatrero que prestaba sobre prendas, y viendo afufarse la casa de su vecino, quiso prevenirse, diciendo: «¿Las casas se mudan de los dueños? ¡Mala invención! Y por presto que quiso ponerse en salvo, cogido de la hora, un escritorio y una colgadura y un bufete de plata, que tenía cautivos de intereses argeles, con tanta violencia se desclavaron de las paredes y se desasieron, que al irse á salir por la ventana un tapiz, le cogió en el camino, y revolviéndose al cuerpo, amortajado en figurones, le arrancó y llevó en el aire más de cien pasos, donde desliado, cayó en un tejado, no sin crujido del costillaje; desde donde con desesperación vió pasar cuanto tenía en busca de sus dueños, y detrás de todo una ejecutoria, sobre la cual por dos meses había prestado á su dueño doscientos reales, con ribete de cincuenta más. Esta (¡oh extraña maravilla!) al pasar le dijo: «Morato araez de prendas, si mi amo por mí no puede ser preso por deudas, ¿qué razón hay para que tú por deudas me tengas presa (4) (b)?» Y diciendo esto, se zampó en un bodegon, donde el hidalgo estaba disimulando ganas de comer, con el estómago de rebozo, acechando unas tajadas que so el poder de otras muelas rechinaban.

VI. Un hablador plenario, que de lo que le sobra de palabras, á dos leguas pueden moler otros diez habladores, estaba anegando en prosa su barrio, desatada la taravilla en diluvios de conversacion. Cogióle la hora, y quedó tartamudo y tan zancajoso de pronunciación, que á cada letra que pronunciaba, se ahorcaba en pujos de *be a ba*, y como el pobre padecía, paró la lluvia. Con la retención empezó á rebosar charla por los ojos y por los oídos.

VII. Estaban unos senadores votando un pleito. Uno dellos, de puro maldito, estaba pensando cómo podría condenar á entrambas partes. Otro incapaz, que no entendía la justicia de ninguno de los dos litigantes, estaba determinando su voto por aquellos dos textos de los idiotas: «Dios se la depare buena» y «dé donde diere.» Otro caduco, que se había dormido en la relación (discípulo de la mujer de Pilátos en alegar sueño), estaba trazando á cuál de sus compañeros seguiría sentenciando á trochimoche. Otro, que era docto y virtuoso juez, estaba como vendido al lado de otro, que estaba como comprado, senador brujo untado. Este alegó leyes torcidas, que pudieran arder en un candil, trujo á su voto al dormido y al tonto y al malvado. Y habiendo hecho sentencia, al pronunciarla, los cogió la hora; y

(4) á mí (Ede. de Zaragoza y todas las siguientes).

(b) Fue Morato Ruez Maltrapillo un renegado murciano, amigo íntimo del rey de Argel Azan, y á sus oficios debió la vida el grande autor del *Quijote*, que por romper el cantiverio no hubo empresa aventurada que no tratase de acometer.

en lugar de decir: «Fallamos que debemos condenar y condenamos,» dijeron: «Fallamos que debemos condenarnos, y nos condenamos.» «Ese sea tu nombre,» dijo una voz; y al instante se les volvieron las togas pellejos de culebras, y arremetiéndolo los unos á los otros, se trataban de monederos falsos de la verdad. Y de tal suerte se repelaron, que las barbas de los unos se vián en las manos de los otros, quedando las caras lampiñas y las uñas barbadadas, en señal de que juzgaban con ellas (1); por lo cual les competía la zalea juriconsulta.

VIII. Un casamentero estaba emponzoñando el juicio de un buen hombre, que no sabiendo qué se hacer de su sosiego, hacienda y quietud, trataba de casarse. Proponiale una picarona, y guisábala con prosa eficaz, diciéndole: Señor, de nobleza no digo nada, porque gloria á Dios, á vuesa merced le sobra para prestar. Hacienda, vuesa merced no la ha menester; hermosura, en las mujeres propias ántes se debe huir, por peligro; entendimiento, vuesa merced la ha de gobernar, y no la quiere para letrado; condicion, no la tiene; los años que tiene son pocos (y decía entre sí: «por vivir»). Lo demás es á pedir de boca.» El pobre hombre estaba furioso diciendo: «Demonio, ¿qué será lo demás si ni es noble, ni rica, ni hermosa ni discreta? Lo que tiene solo es lo que no tiene, que es condicion.» En esto los cogió la hora, cuando el maldito casamentero, sastrer de bodas, que hurta, y miente, y engaña, y remienda, y añade, se halló desposado con la fantasma que pretendía pegar al otro; y hundiéndose á voces sobre: «Quié sois vos; qué trujistes vos; no mereceis descalzarme;» se fueron comiendo á bocados.

IX. Estaba un poeta en un corrillo leyendo una canción cultísima, tan atestada de latines y tapida de jergonzas, tan zabcuada de cláusulas, tan cortada de parentesis, que el auditorio (2) pudiera comulgar de puro en ayunas que estaba. Cogióle la hora en la cuarta estancia, y á la obscuridad de la obra (que era tanta, que no se vía la mano) acudieron lechuzas y murciélagos; y los oyentes, encendiendo lanternas y candelillas, oían de ronda á la musa, á quien llaman:

la enemiga del día,  
Que el negro manto descege.

Llegóse uno tanto con un cabo de vela al poeta (noche de invierno, de las que llaman boca de lobo), que se encendió el papel por en medio. Dábase el autor á los diablos, de ver quemada su obra, cuando el que la pegó fuego le dijo: «Estos versos no pueden ser claros y tener luz si no los quemas: más resplandecen luminaria que canción.» (3)

X. Salía de su casa una buscóna piramidal, (4) habiendo hecho sudar la gota tan gorda á su portada, dando paso á un inmenso contorno de faldas, y tan abultadas, que pudiera ir por debajo rellena de ganapanes, como

(1) y para ellas (Todas los impresos.)

(2) quedó en ayunas. Cogióle la hora (Menos las belgas, todas las ediciones.)

(3) A este grito acudieron multitud de copleros á encender sus coplas, y entre ellos iba cierto conductor (con) un mamotreto de ellas; y como lo viese una vieja gritaba: «Tate, malandrín, y no las enciendas; que si apagadas quemar, encendidas han de abrasar el mundo.» (MS. de Lista.)

(4) con espetera de zancajos viejos y barrizales de sobaco, (Id.)

la tarasca. Arrempujaba con el ruedo las dos acoras de una plazuela (a). Cogióla la hora, y volviéndose del revés las faldas del guardainfante, y arboladas, la sorbieron en campana vuelta del revés, con faciones de tolvá, y descubrióse que para abultar de caderas, entre diferentes legajos de arrapiezos que traía, iba un repostero plegado, y la barriga en figura de taberna, y al un lado un medio tapiz; y lo más notable fué que se vía un Holo-

(a) Con los mismos términos ridiculizó en el año anterior de 1634 aquella moda ingrata y desapacible de las mujeres el licenciado Luis de Benavente, en el entremes cantado *El guardainfante* (parte primera). Un alguacil dice al alcalde (papel que hacia el regocijadísimo Juan Rana):

Preso os traigo una falduda  
Porque, entrando por la plaza,  
Hasta que pasó estuvieron  
Detenidas cien mil almas.

ALCALDE.

¿Es muy gorda?

ALGUACIL.

Una sardina.

ALCALDE.

¿Iba sola?

ALGUACIL.

Ella y sus faldas.

ALCALDE.

No es mala la añadidura;

Menos ocupa la guarda.

Sacan atada con una maroma á la Falduda, admirase el concejo,

y espantase el Alcalde.

TODOS. (Cantando.)

Por sus condiciones y por sus usos

Ya no caben las hembras dentro del mundo.

ALCALDE.

Jeso Cristo: ¡oh, ¿es mujer?

ALGUACIL.

Pues ¿qué ha de ser

ALCALDE.

La tarasca,  
Que ya sale por el Córpus  
Medio sierpe y medio dama.

LA FALDUDA. (Cantando y bailando, le responde.)

Lo que se usa, señor Alcalde,

Gracioso y bonito,

Dice el refrancillo

Que nunca se excusa;

Y por solo hacer lo que vemos,

Las hembras traemos,

Aunque reventemos,

Tanta garatufa, tusa, tusa.

ALCALDE.

Si por ver lo que se han ensanchado,

El padre ó velado

A ojo cerrado

Les diera una tunda,

Vive Cristo que el tordo bajaran,

Y aunque regañaran

Ellas ahórraran

De tal baraunda, unda, unda.

Benavente aprovecha, para arrojar todo el ridículo sobre tales faldas, la circunstancia de armarse con ballenas, aros de hierro, paja y esparto, disponiendo que los pescadores, los mozos de mulas y el invierno en cuerpo y alma les reclamen lo que es suyo. Pero la tiranía de la moda burlase de la sátira de los poetas cuando hasta desoye las prescripciones de las leyes. Por pregon se mandó en Madrid, á 13 de abril de 1639, que excepto las mujeres públicas, ninguna pudiera traer guardainfante ni otro vestido que se le asemejase, pena de perder el traje y por la primera vez veinte mil maravedís. Pellicer, en sus avisos de 26 de julio del mismo año, habla de la risa que en aquel día causó en la corte ver colgados de los balcones de la cárcel más de cien guardainfantes quitados á mujeres. Pero el mismo Pellicer refiere cómo en 18 de setiembre del año siguiente de 1640 se alborotó Madrid porque el nuevo presidente quiso llevar adelante la extinción de aquella moda, abolida nada menos que por una pragmática.

En una colección de *Romances varios de diversos autores*, que este mismo año de 1640 imprimió en Zaragoza Pedro Lanaja, se encuentra el siguiente rasgo:

Guardainfante era, y ya estoy

Tan otro del que me vi.

Que aprender podéis de mí